

Un emocionado recuerdo a Cuba

Ángel LAS NAVAS PAGÁN

Cuba, la Perla de las Antillas, es una sugestiva isla llena de alicientes turísticos. Sus muchas bellezas y encantos naturales embriagan a los sentidos. Sus múltiples y variados paisajes, exuberante vegetación tropical y sus maravillosas playas hacen la delicia del visitante. Si a esto añadimos la simpatía, hospitalidad, el carácter abierto y agradable de sus habitantes, tendremos un país sumamente atractivo. Pero, también Cuba es fascinante en sus pueblos y ciudades con abundantes y primorosas construcciones de la época colonial. Son valiosas reliquias arquitectónicas del pasado, que los cubanos conservan con veneración, así como otros recuerdos españoles. Éstos abundan por doquier en la preciosa isla. Palacios, iglesias, catedrales, conventos, castillos, baluartes, murallas, casas típicas centenarias, históricas plazas, muchos cañones de diversos calibres que hablan de historias de piratas, ataques ingleses y de las campañas que se desarrollaron por la independencia, en la segunda mitad del pasado siglo, y que culminaron en 1898. Me sorprendió que todos los cubanos, sin excepción al menos a los que traté y fueron bastantes, miraban a España con hondo cariño. Cuando les recordé la última y dolorosa guerra (1895-1898), me dijeron que había sido una lucha entre hermanos, una especie de contienda civil, pero que ya estaba ampliamente superada y olvidada. Y otra vez reinaba la fraternidad y que, en el fondo, se sentían españoles. Y con orgullo me mostraban sus apellidos y ascendencia, incluso, los ciudadanos de color, todos ellos con raíces en la Península Ibérica, en las Canarias y Baleares. Como español me sentía contento al escucharles. Y pude apreciar que la labor de la vieja España con sus excelentes y abnegados misioneros, maestros, científicos, administradores con defectos, magníficas Leyes de Indias, etc., había sido en general positiva y ha dejado profunda huella en la pobla-

ción de la isla, que con su lengua, cultura y religión es un claro exponente de avanzado país del mundo hispánico, formado por 400.000.000 de almas.

Aproveché mi estancia en Cuba, haciendo diversos recorridos por la isla, en el mes de mayo de 1992, par estudiar e investigar sobre el terreno, aparte de hacer reportajes turísticos, todo lo relacionado con la cultura precolombina y, sobre todo, con la española y su herencia desde el siglo XVI hasta el XIX inclusive. Descubrí un mundo repleto de fascinantes sorpresas en sus escenarios naturales. Y cambié amplias impresiones e ideas con muchos cubanos de diferente condición. Respecto a la lucha de 1895-1898, la guerra casi romántica de nuestros abuelos, bisabuelos y tatarabuelos para las generaciones más jóvenes, he de decir que, por parte de los combatientes de uno y otro bando la vivieron con un halo sentimental, impregnado de melodiosas canciones de amor, ilusiones patrióticas y ciertos ideales, dentro de su encarnizamiento, tenacidad y dureza. Sentí especial emoción en los lugares de los encuentros y combates (algunos señalados por monolitos, placas y monumentos conmemorativos), que libraron los «mambises» y las tropas españolas en los verdes campos, bosques, en la extensa y espesa manigua y en las abruptas serranías de esta hechizante isla con tantas nostalgias de su ayer hispano. Escuché historias y leyendas de los cubanos, que habían oído a sus padres y abuelos sobre esta «guerra grande» como la llaman ellos, para diferenciarla de la «guerra chiquita» (1878-1879). Pasados los viejos odios, todos hablaban con admiración de los soldados españoles. Aunque lo intenté, no pude contactar con ningún antiguo combatiente, pues todos han fallecido, hasta los más jóvenes. Pero sí con hijos, nietos y sobrinos. Un nieto de un «mambís» me dijo textualmente: «Decía mi abuelo que los soldados españoles eran guapos y muy valientes.»

Con estas líneas y con motivo del Centenario quiero rendir un hondo homenaje de recuerdo y admiración a los soldados muertos en esta campaña, sin importar cuáles fueron sus banderas. Hoy, al cabo de un siglo, evocamos esta dramática efeméride, pensando particularmente en sus vidas jóvenes y radiantes, truncadas violentamente en cualquier rincón de la geografía cubana en una espectacular batalla, en un eventual encuentro o en una simple escaramuza. Esta guerra se desarrolló a base de intensas acciones guerrilleras de los «mambises», aprovechando el conocimiento del terreno, muy propicio para este tipo de combates, y la ayuda de la población civil. Constituían pequeñas columnas de gran movilidad. Aparecían y desaparecían. Se infiltraban por todos los sitios. Fue una campaña muy penosa para los españoles por un conjunto de motivos.

Algunos cuerpos de soldados españoles fueron repatriados a la Península, de donde salieron entre vítores y entusiasmos patrióticos. Tengo ante mis ojos un grabado de la Estación de Atocha de Madrid con una de estas patéticas es-

cenos de despedida, que se repitieron en otras muchas estaciones de ferrocarril y en los puertos de embarque. Pero, bastantes miles, fueron enterrados en los cementerios de las poblaciones cubanas y hasta en fosas improvisadas, en cualquier lugar del campo, con una cruz de palo. Son los que nunca más volvieron a la Patria añorada. Y cuyo recuerdo se fue desvaneciendo con el paso del tiempo, hasta llegar al olvido total. Allí se quedaron para siempre entre canciones de guerra y dulces habaneras que hablaban de amores, nostalgias e ilusiones.

La Habana es una ciudad preciosa, su casco antiguo es un auténtico museo y rezuma ambiente español por todas partes. Y se asoma al mar por su hermoso paseo del malecón con bonitas vistas. La ciudad y el puerto están defendidos por poderosos castillos y baluartes, exponentes de la avanzada arquitectura militar hispana de pasadas centurias. Paseando por los citados paseos del malecón y puerto, frente al Océano, mirando hacia el Este, en donde se halla España y Europa, imaginaba yo la llegada de aquellos lentos e incómodos transportes, mitad veleros, mitad de vapor, que, especialmente, a partir de la primavera de 1895, y después de un largo y pesado viaje, en frecuentes travesías, con muchos cientos de mozos a bordo de todas las provincias españolas, que venían a servir en esta tierra de Cuba, hoy un paraíso para el turista, en aquellos momentos un infierno lleno de riesgos e inconvenientes, al joven Rey Alfonso XIII, representado durante su minoría de edad por su augusta madre la Reina doña María Cristina de Habsburgo. Para los soldados españoles (se calcula en unos 200.000 los que combatieron en la isla), con su uniforme de rayadillo y sombrero de paja, Cuba era un país de sorpresas, en donde se mezclaba la belleza y el hechizo de sus fascinantes paisajes y la simpatía de sus encantadoras mujeres con las tenebrosas espesuras de vegetación de su abundante manigua, tan propicia para la emboscada, y las abruptas zonas de sus serranías y sistemas montañosos (sobre todo, en el extremo oriental), seguro refugio de los insurgentes en donde practicaban amplias acciones de guerrillas. La rebelión, cada vez más desarrollada y ayudada desde el exterior con abundantes medios y armas, se fue extendiendo a casi todo el territorio de la isla, llegando a dominar el campo, dejando aisladas a las ciudades.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra a favor de los independentistas el 25 de abril de 1898 empeoró la situación alarmantemente. La escuadra yanqui ejerció un fuerte bloqueo con muy negativas consecuencias para nuestras tropas, que, a pesar de todo, soportaron abnegadamente todas las privaciones y penalidades, imponiéndose numerosas veces con sus iniciativas y audacias en el campo de batalla. Y demostrando en todo momento una alta moral combativa, que fue reconocida por sus enemigos. Hay que destacar los sufrimientos que padecieron los soldados españoles, aparte de operar en terrenos difíciles como la manigua y las montañas, producidos por el hambre, la

penuria de medios, la falta de medicinas, el excesivo calor, la humedad, las picaduras de insectos y, muy particularmente, las enfermedades tropicales que ocasionaron la muerte a bastantes miles, muchos más que las balas y los machetes de los mambises. Visitando Cuba, en muchos lugares podemos encontrar recuerdos de aquella heroica gesta. En La Habana el monumental Palacio de los Capitanes Generales resulta enormemente evocador, en donde se remansa la historia y duerme un sueño de pasadas grandezas, fue el cuartel general de esta contienda. Por él desfilaron generales, jefes, oficiales ... del Ejército Español, cada uno con su drama y leyenda. Se conserva intacto el gran despacho del último capitán general, tal como lo dejó el General Blanco. Con un poco de imaginación parece que, de un momento a otro, pueden aparecer Martínez Campos, Weyler... y sus ayudantes y colaboradores. Hoy este histórico edificio es un magnífico museo dedicado a España y en especial a esta guerra, excepto unas salas destinadas al acorazado «Maine» (pretexto de la entrada de los Estados Unidos en este conflicto) y a la Revolución castrista. En este museo encontramos muchos y emocionantes recuerdos del período 1895-1898, tales como uniformes, diversas armas (revólveres, fusiles, bayonetas, pequeños cañones...), cuadros, banderas, banderines, condecoraciones, libros, periódicos, fotografías, efectos personales de militares muertos en campaña, etc. En el preciso y antiguo Palacio Presidencial (hoy convertido en Museo de la Revolución) hallamos una valiosa serie de grandes pinturas murales que representan escenas de combates entre los «mambises» y los soldados españoles, que por su verismo nos sirven de excelente composición de lugar. Viejos cañones y otras remembranzas abundan por doquier en las impresionantes fortalezas del Morro, la Punta, la Cabaña y de la Fuerza, incluidas piezas del último tercio del siglo XIX, al igual que en Santiago de Cuba y otras ciudades costeras. En museos, edificios oficiales, antiguos baluartes, jardines y parques de muchas poblaciones es frecuente ver artillería que intervino en la guerra que comentamos, así como otros muchos testimonios (estatuas, monumentos y otras diversas evocaciones). Cito el ejemplo de Baracoa, bello pueblo situado en la parte más oriental de la isla en el litoral Atlántico (descubierto por Cristóbal Colón en el primer viaje), rodeado de montañas y el mar, en donde visité el antiguo Fuerte Matachín (hoy convertido en museo y casa de cultura), muy bien conservado y situado junto a la población, fue protagonista de un duro asedio por parte de los mambises. Me asombró que respetaran su interior tal como lo dejaron los españoles. No cabe duda de que hay cierta veneración a la memoria de éstos.

Especial mención merece Santiago de Cuba, una gran ciudad (la segunda de la isla), asentada en un valle semicircular entre la cordillera de Sierra Maestra y el mar Caribe, construida en 1514 por Diego Velázquez. Tiene mucho ambiente de épocas pasadas y pasear por sus estrechas y, a veces, empinadas

calles y plazas es una evocación a la nostalgia, contemplando sus suntuosos y artísticos edificios de estilo colonial. Entre éstos resalta su preciosa catedral. También estuve en sus cercanías y arriba en la montaña, en el famoso y bonito Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, y a la que invocaban o murieron con su nombre en los labios muchos combatientes de uno y otro bando. En este Santuario existen exvotos de esta guerra. Es un lugar de peregrinación y honda piedad.

Mucho y bien trabajaron los españoles en la defensa de esta espléndida ciudad de Santiago de Cuba. El imponente Castillo del Morro, sobre la cumbre de un monte, domina un amplio sector del mar, la entrada al puerto mediante un estrecho canal y todos sus alrededores. Actualmente es museo de la Piratería. Y se conserva en muy buenas condiciones por dentro y por fuera. Tiene cicatrices de los bombardeos de la escuadra norteamericana. Su abundante e histórica artillería está colocada en su sitio de acción, cuyos viejos cañones no pudieron espantar a la moderna y potente escuadra americana, formadas por 12 acorazados, que en un amplio semicírculo se situaron a su vista, bloqueando a los barcos españoles. Éstos, al mando del Almirante Cervera, habían llegado procedentes de Cádiz, después de una serie de vicisitudes, a este puerto de Santiago, buen refugio, el 19 de mayo de 1898. La citada escuadra del Almirante Sampson realizó frecuentes, intensos y prolongados bombardeos sobre los fuertes, el puerto, los buques españoles y la ciudad de Santiago. En el bombardeo de 6 de junio, merece destacarse la muerte del Capitán de Fragata don Emilio Acosta, que, a bordo del crucero «Mercedes» (situado en el canal de salida, apoyaba con su cañón de 16 centímetros la artillería de los fuertes de la Socapa y el Morro, enclavados a ambos lados del citado canal en posición avanzada hacia el mar, replicando a los acorazados americanos), resultó alcanzado por la explosión de un obús, ocasionándole gravísimas heridas, exclamando: «Sigan el fuego. Esto no es nada. ¡Viva España!», emulando al heroico Churruca en Trafalgar.

Con la escuadra española bloqueada en el puerto de Santiago de Cuba y dominando el mar, los americanos hicieron varios desembarcos en las inmediaciones de esta gran urbe (16.000 hombres), apoyados por fuertes contingentes de «mambises».

El Caney es un pueblo muy próximo a la citada Santiago de Cuba. El 1 de julio de 1898 estaba defendido por 419 soldados del regimiento de la Constitución. Fue atacado por una poderosa columna de 6.500 infantes. Se entabló un durísimo combate con abundantes bajas por ambas partes. Entre los españoles murió el General Vara del Rey (está enterrado en el cementerio de la Almudena de Madrid, en cuyo paseo de María Cristina, a la entrada y en unos jardincillos, se alza un magnífico monumento a su memoria, que representa en bronce y tamaño natural un pequeño grupo de soldados, en actitud de de-

fensa, con una bandera. El abanderado, un oficial, sostiene al general mortalmente herido. La posición cayó cuando apenas quedaron defensores).

Muy cerca de El Caney, se libró otra intensa batalla en las llamadas Lomas de San Juan entre los soldados españoles y americanos. Esta posición, al igual que la de El Caney, fue defendida con gran heroísmo y tenacidad frente a un enemigo muy superior, que sufrió cuantiosas bajas y estuvo a punto de retirarse. En este ataque, entre otros muchos, aparte de los muertos, resultaron heridos los generales Linares y Bustamante, el Coronel Ordóñez y todos los oficiales, sucumbiendo las tres cuartas partes de los soldados.

Paseando por el citado castillo del Morro, extraordinario observatorio sobre un amplio panorama de tierra y mar, me sentí retroceder en el tiempo. Empezaba a amanecer. Apareció el sol con sus rayos bienhechores. Era un luminoso y alegre domingo. El calendario indicaba 3 de julio de 1898. En el horizonte se podía contemplar las imponentes siluetas de los acorazados Texas, Brooklyn, Iowa, Indiana, Oregón, Glowcester, New York y algunos buques más.

En el puerto de Santiago de Cuba se daban las últimas órdenes. Todo estaba dispuesto para la salida. El «Teresa» (buque insignia del Almirante Cervera), Oquendo, Vizcaya, Colón, Furor y Plutón (estos dos últimos pequeños cazatorpederos) estaban listos. Los jefes, oficiales y tripulaciones de estos barcos, de características muy inferiores en todo a la de sus enemigos, tenían el convencimiento del inevitable sacrificio, pero lo ofrecían por amor a la Patria. Un toque nervioso de corneta: zafarrancho de combate. Los buques se pusieron en movimiento, enfilando el estrecho canal en dirección a la mar. Tienen que ir de uno en uno y a 500 metros de distancia. El primero en salir fue el «Infanta María Teresa», seguido del Oquendo, el Vizcaya, el Colón. Serían las nueve de la mañana aproximadamente. De pronto un gran estruendo de cañonazos, que se prolongarían durante unas horas intensamente dramáticas de dolor y muerte. Vi a los barcos españoles envueltos de explosiones, humo y fuego. Las llamas los devoraban. Embarrancaban o se hundían. Era la consumación de la tragedia de la escuadra del Almirante Cervera. De sus 2.000 miembros, 600 han muerto, muchos han resultado heridos y los demás prisioneros. Pero, el honor y la dignidad se han quedado muy altos. Otra vez vuelve la calma a la mar, con el suave y constante rumor del oleaje, en un ambiente de suma tristeza. Las olas, piadosas, arrojaban a las playas los cadáveres de marinos españoles.

La guarnición de Santiago de Cuba todavía resistió hasta el 19 de julio. Todo había acabado...

Esta guerra estuvo llena de calamidades y sufrimientos para todos los combatientes, en donde las enfermedades causaron más bajas que las armas. A pesar de las dificultades, las penurias de toda clase, los calores excesivos,

los malignos mosquitos, las fiebres, el vómito negro..., los soldados españoles demostraron su amplia capacidad de resistencia y sacrificio hasta el final, junto con su valor y audacia. Gracias a este espíritu pudieron soportar tantas penalidades durante largos meses. Los marinos no les fueron a la zaga. Y estuvieron en primera línea con un hondo patriotismo y sentido del deber. Tantos heroísmos y abnegaciones, unos callados y silenciosos y otros más espectaculares, despertaron la admiración de sus propios enemigos los insurgentes cubanos y, posteriormente, de los soldados y marinos de los Estados Unidos. Ellos han sido los que mejor los han glosado. Y su recuerdo queda perenne en la Cuba de hoy como enemigos valientes, en una contienda que tuvo mucho de guerra entre hermanos, ya totalmente superada, como apuntaba antes. Por cualquier parte de esta hermosa isla, se evoca a España con cariño y como la querida Madre Patria, sentimientos que nos llenan de satisfacción y sano orgullo a los que la visitamos. Cuando llegó la paz y la hora de la repatriación, en el puerto, ya en los barcos que habrían de traerles a la Península, miraron por última vez el espléndido paisaje cubano, condensando con esta nostálgica mirada todas las aventuras y episodios que habían vivido en esta noble tierra. Y, sobre todo, recordando a los muchos camaradas que yacían bajo ella y que nunca volverían a España. Una evocación especial a los que se quedaron para siempre allí, enterrados en cualquier parte como impusieron las circunstancias del momento.

También tuvieron otros recuerdos más dulces. Muchos de los españoles que participaron en esta campaña dejaron un amor en la isla, pues, el encanto, la belleza, la simpatía, la ternura, la gracia... de las cubanas ejercieron gran fascinación sobre nuestros soldados. Y hubo abundantes idilios y amores truncados, al final, por una brusca separación. Una extensa novela sentimental, compuesta por multitud de historias, podría escribirse.

Los periódicos de la época nos cuentan la llegada de los millares de estos héroes anónimos de deteriorado uniforme de rayadillo, demacrados, flacos, cansados por un largo e incómodo viaje, mareados, sumergidos en un ambiente de tristeza a los puertos españoles. Lamentablemente, aquí apenas los consideraron. Sufrieron el olvido y la omisión de la ayuda necesaria por parte de las autoridades. A lo más, como nos dice la prensa, en las estaciones de ferrocarril de Madrid, se les ofrecía «una copa de Jerez, unos cigarros y una peseta a los soldados, dos a los cabos y cinco a los sargentos». Ese era el premio que se daba a los que habían dado todo por la Patria en las lejanas posesiones de Ultramar. Muchos vinieron enfermos, bastantes murieron jóvenes. Otros se recuperaron y rehicieron sus vidas como pudieron. El nuevo siglo abrió ante ellos nuevos horizontes.

Con el paso del tiempo y otros acontecimientos, las campañas de Cuba y Filipinas de 1898 fueron desvaneciéndose en la memoria de los españoles,

para quedarse en una triste y melancólica anécdota perdida en las brumas del pasado, porque la reacción regeneradora sólo quedó para una selecta minoría de intelectuales, poetas y escritores, que dieron lugar a la conocida generación del «98» con nombres inmortales en las Letras.

Como dato curioso y hecho significativo, en 1923 y en las famosas Lomas de San Juan, antiguo campo de trincheras y línea de defensa del ejército hispano en las afueras de Santiago de Cuba y escenario de una serie de sangrientos y prolongados combates, en los iniciales días de julio de 1898, el pueblo cubano erigió con admiración un monumento al soldado español.